

PROLOGO.

LA NOCHE DE MUERTE DE SANCHO IV.

CAPITULO PRIMERO.

EL GOLFIN.

I.

Al oscurecer del día 25 de abril del año de 1333 de la era de César, 1295 de Jesucristo, un hombre robusto, fuerte, de elevada estatura, ascendía por un repecho de los Cigarrales de Toledo, en dirección á una casa situada en lo alto del monte, y desde la cual, al otro lado del valle del Tajo, se veía encerrada en los triples recintos de sus viejos muros la imperial ciudad de Toledo.

Era la tarde sombría y triste, y una menuda lluvia caía incesante á través de la blanca niebla que hacia aparecer á lo lejos de una manera fantástica, la ciudad.

Amenazaba una noche lóbrega: fuertes ráfagas de un violento sur agitaban las malezas que orlaban el sendero, por donde ascendía hácia la casa situada en lo alto del monte el hombre que hemos indicado.

II.

Si alguno de los vivientes de aquellos tiempos hubiera visto desde lejos á aquel hombre, hubiera detenido su marcha y hubiera requerido sus armas, ó á no ir provisto de ellas, hubiera emprendido la fuga.

Aquel hombre, si no era bandido, lo parecía.

Su traje no podía ser mas sencillo, ni mas severo, ni mas terrible.

Se componia de un camisote de mallas, con capellina del mismo género, de un casco fuerte de media bellota, con dos plumas de águila en su punta, ajustado sobre la capellina, un cinto de piel de toro, sujeto por una grande hebilla de acero, apretaba su cintura, y de él pendia una espada corta y ancha con una fuerte empuñadura de hierro, groseramente cincelado, y de forma de cruz.

Sus piernas, que dejaba ver de la rodilla abajo el camisote, estaban cubiertas por unas abarcas sujetas por filamentos de piel de toro.

A la espalda llevaba, pendiente de un ancho talabarte que cruzaba su pecho, un hacha de armas, una gran ballesta, una adarga de cuero redoblado semejante á las que usaban los moros granadinos; sobre la cadera izquierda una venablero llena de fuertes jaras; al costado derecho una bocina de asta de buey, y en la mano una robusta y corta lanza de dos hierros.

Bajo el reborde del capacete, por entre la abertura de la capellina de mallas, se veia un semblante enérgico, atezado ligeramente, como por efecto de largos trabajos sufridos á la intemperie.

En aquel semblante bilioso, acentuado, demacrado, brillaban unos ojos azules, pero de mirada incontrastable, altiva, sombría.

Las pobladas cejas y la espesa y larga barba de este hombre

eran rubias, tirando un poco al rojo, y su boca de labios gruesos y enérgicos mostraba claro una espresion de fiereza y algo de terriblemente siniestro.

III.

Ascendia rápidamente y en paso poderoso por el recuesto; parecia como que le aquejaba una gran impaciencia.

Llegó al fin á la cumbre, y se encontró á medio tiro de ballesta de la casa de que hemos hablado.

A los piés del hombre empezaba la áspera vertiente que terminaba en el valle del Tajo, perdido en la penumbra del crepúsculo: apenas se veian el puente de San Martin, las ruinas del ya hacia muchos años destruido de la Cava, y el apiñado caserío de la vertiente de la ciudad dejaba ver algunas luces, apareciendo de una manera fantástica, opaca y débil á través de la niebla.

El Tajo parecia una larga serpiente blanquecina que rodeaba la ciudad.

El viajero arrojó una mirada indescribible sobre Toledo, y luego se volvió hácia la casa que tenia á su derecha: terció su pica que sostuvo en el brazo izquierdo, tomó de sobre su espalda la ballesta, sacó de su venablero una jara, de entre su ancho cinturón un pergamino, le enrolló al extremo de la jara, le ató fuertemente con parte de uno de los filamentos de sus abarcas, que cortó, y soslayándose, sin perder su pica, sostenida en la sangría de su brazo izquierdo, armó la ballesta, disparó, y la jara se clavó en la madera de una de las ventanas de la casa.

IV.

Aquella casa era un pequeño rectángulo de piedra apoyado en cuatro torrecillas chatas.

Sobre los muros corria un adarve coronado por fuertes almenas.

En el frente, que correspondia al lugar donde estaba el hombre, al parecer bandido, habia un pequeño y profundo postigo con puerta forrada de hierro, sobre este postigo un ajimez, en una de cuyas maderas se habia clavado la jara del ballestero incógnito.

Un muro, al que se unia la casa, formaba el recinto de un pequeño parque.

La casa estaba muy lejos de ser un castillo, y sus adarves, sus almenas y sus matacanes no significaban otra cosa sino que en aquella funesta época de turbulencias y de guerras civiles que producian el bandidaje, todas las casas situadas en los campos estaban fortificadas.

Apenas disparó su jara el ballestero, volvió á echarse su ballesta á la espalda, tomó su pica, y en paso rápido descendió por el recuesto hácia el valle del Tajo, en direccion al puente de San Martin.

Aún no habia acabado de oscurecer, y podian distinguirse, aunque vagamente, los objetos.

De improviso, el incógnito se detuvo y permaneció inmóvil.

Por una sinuosidad del sendero habian aparecido dos hombres armados con ballestas y espadas, cubiertos por gabardinas pardas con capuz, y llevando en vez de abarcas calzas y borceguíes.

Aquellos dos hombres, al ver cerca de sí al otro que se habia detenido, se detuvieron, y armando sus ballestas, exclamaron:

—Téngase el golfín, y dése á la Hermandad de Toledo.

V.

En efecto, aquellos dos hombres eran cuadrilleros de la hermandad que se habia creado algunos años antes para perseguir

á los malhechores, y á cuyos individuos se habian dado grandes fueros y privilegios.

Antes de pasar adelante, digamos lo que era un golfín, puesto que este nombre habian dado al desconocido los dos cuadrilleros de la hermandad que salian á hacer su ronda nocturna por aquellos lugares.

No conocemos la etimología de la palabra; pero de antiguos cronicones resulta que se llamaba golfines á unos aventureros por lo general catalanes, gallegos ó de las montañas de Castilla, en su mayor parte hidalgos, que por no tener bastante hacienda para vivir como tales, ó por haber gastado ó jugado la que tenían, ó por algun delito ausentados de sus tierras, con sus armas por no saber otro modo de vivir, idos, refugiados en los puertos del Muradal y fortificados en aquellos fragosos y desiertos montes, en frontera de moros, salian á cautivar y robar cuantos moros y cristianos pasaban por el camino de Castilla á Córdoba y Sevilla, sustentándose de estas presas en la aspereza; y con este ejercicio, prácticos en la guerra, fuertes y sufridores de trabajos, eran tan valientes y tan atrevidos, que el rey de Castilla no pudo, aunque lo procuró, esterminarlos.

Por lo mismo se habia formado en Toledo, Talavera y Villareal, una llamada hermandad, á cuyos individuos se apellidaba cuadrilleros, con el objeto de perseguir á los golfines que solian hacer irrupciones en bandas sobre las tierras de Toledo.

Los golfines solian tambien ponerse en gran número á sueldo, ya de un rey, ya de un señor que los necesitaba para sus empresas, y eran estimados como combatientes inmejorables que no escaseaban ni la sangre ni la fatiga si á sus servicios correspondia la recompensa, y que eran un azote de Dios sobre la comarca donde caian.

Entre estos y los conocidos por almogaraves no habia otra diferencia que la de que los almogaraves pertenecian exclusivamente á las montañas de Cataluña, mientras que los golfines no se les podia pedir sino valor y sufrimiento, en los cuales se igualaban á los almogaraves.

VI.

—Lleguen en buen hora los honrados cuadrilleros, contestó el golfín con el acento imperativo de quien está acostumbrado á mandar y á ser obedecido.

Podía decirse que su acento mas que de salteador era de magnate.

Los cuadrilleros se acercaron algo puestos en respeto, por el no sé qué majestuoso que se desprendía de aquel hombre.

—Seguid y dadme resguardo, dijo el golfín con el mismo acento dominador, poniéndose en marcha apenas hubieron llegado á él los cuadrilleros.

—Perdonad, si es que teneis que perdonar, dijo con firmeza uno de ellos; pero si sois golfín, no podemos ir en vuestra guarda sino para llevaros á la cárcel.

—Leed y obedeced, dijo el golfín dando un pergamino enrollado, del cual pendía un sello, al cuadrillero.

—¡Cuerpo del diablo! dijo este; ¿y cómo quereis que lea si se va poniendo oscuro como boca de lobo?

—Por eso no quede, dijo el otro cuadrillero; en la guarda del puente podemos leer lo que fuere.

Y echaron á andar el un cuadrillero delante, el otro detrás, llevando en medio al golfín.

En pocos minutos llegaron al puente, y bajo la arcada de su primera torre, á la luz de un turbio farol que ardía en un nicho en que se veía una imágen de Nuestra Señora, toscamente labrada de talla, teniendo aún en medio al golfín los dos cuadrilleros, el uno de ellos desenrolló el pergamino y leyó con mucho trabajo lo siguiente:

«Yo el rey don Sancho IV de Castilla y de Leon, mando á todos los merinos, justicias mayores y menores, ricos hombres y vasallos de mis reinos, por cuyas ciudades, lugares, castillos ó casas pasase mi muy amado hermano el señor infante don Juan, le

socorran, sirvan y favorezcan en lo que hubiere menester. De Quintana Dueñas á 20 de diciembre de 1294 años.—Yo, EL REY.»

De esta cédula pendía en hilos de seda el sello de plomo del rey don Sancho.

VII.

Atemorizáronse los cuadrilleros, miraron sin atreverse á hablarle al supuesto golfín, y este, arrebatando de una manera enérgica el pergamino al cuadrillero, siguió adelante á lo largo del oscuro puente, y se perdió por la arcada de su otra torre, sin que los cuadrilleros, aturdidos, se atreviesen á seguirle.